

Aunque la antropología tiene sus inicios en la investigación de los llamados pueblos primitivos del mundo, en época reciente los antropólogos han comenzado a interesarse cada vez más por las poblaciones rurales que forman parte de sociedades más amplias y complejas. Mientras que los antropólogos estudiaban antes los modos de vida de bandas de cazadores nómadas, o de agricultores migratorios que ocupaban una aldea en alguna selva tropical, ahora, con frecuencia, se toman el trabajo de investigar un pueblo en Irlanda, en la India o en China, en zonas del mundo que tuvieron una rica y abigarrada tradición cultural aportada por diferentes tipos humanos. Entre éstos, los agricultores rurales sólo son un segmento, si bien importante. De este modo, los pueblos que ahora se hallan bajo el análisis antropológico están en continua interacción y comunicación con otros grupos sociales. Lo que acontece en Gopalpur, India, o en Alcalá de la Sierra, en España, no puede ser explicado con referencias a cada pueblo en sí, aislado; la explicación debe incluir tanto la consideración de las fuerzas exteriores que chocan con esos pueblos como la reacción de sus habitantes frente a tales fuerzas.

Campesinos y primitivos

La primera cuestión que debemos plantearnos es qué distingue las poblaciones campesinas de las primitivas, estudiadas con mayor frecuencia por los antropólogos. Nos hemos referido a los campesinos como labradores y ganadores rurales; es decir, recogen sus cosechas y crían sus ganados en el campo, no en invernáculos situados en medio de ciudades ni en macetas dispuestas en terrazas o antepechos de ventana. Tampoco se trata de granjeros, esto es, de empresarios agrícolas, tal cual existen en Estados Unidos. La granja norteamericana es, ante todo, un negocio, que combina factores de producción adquiridos en el mercado para obtener provecho con la venta de los productos

que dan un rendimiento. El campesino, en cambio, no opera como una empresa en el sentido económico; imprime desarrollo a una casa y no a un negocio. Pero existen también pueblos *primitivos* que viven en el campo y recogen cosechas y cuidan ganados. ¿Qué distingue al campesino del labrador primitivo?

Un modo de enfocar esta cuestión es darse cuenta de que los campesinos forman parte de una sociedad más amplia y compleja, mientras que una banda o tribu primitiva no se halla en la misma situación. Pero esta contestación apenas responde a la cuestión. Hay excepciones, como los esquimales que viven en las cercanías de los polos, que permanecieron aislados hasta que fueron redescubiertos cuando el almirante Peary intentó llegar al polo Norte. Pero con mucha más frecuencia, hay tribus primitivas y mantienen relaciones con sus vecinos. Incluso los cazadores y recolectores de los desiertos australianos mantienen nexos con otros grupos y pueblos, con frecuencia dispersos en amplias extensiones de terreno, mediante intercambios económicos y rituales. Las tribus de la cuenca del Amazonas, que en apariencia se encuentran aisladas en determinadas zonas de la selva tropical, trafican unas con otras, se casan o pelean, pues es sabido que la guerra es un modo de relación como cualquier otro. Debemos a antropólogos como Bronislaw Malinowski, el autor de *Argonauts of the Western Pacific* (1922), descripciones y análisis del tráfico que une el extremo oriental de Nueva Guinea con los archipiélagos adyacentes en una red de transacciones comerciales y ceremoniales. De modo parecido, los indios de las llanuras de los Estados Unidos, como ahora vemos, forman parte de la historia americana, influida por el avance de la frontera, e influyendo a su vez sobre ésta.

La distinción entre primitivos y campesinos no reside en el mayor o menor grado de implicación con el mundo exterior a ellos, sino en el carácter de esa relación. Marshall D. Sahlins ha caracterizado el mundo social y económico de los primitivos del modo siguiente:

En las economías primitivas, la mayor parte de la producción es destinada al uso de los productores y a disminuir las obligaciones de afinidad, mejor que al intercambio y la ganancia. Corolario de esto es que, *de facto*, el control de los medios de producción es descentralizado, local y familiar en la sociedad primitiva. Ello implica las siguientes proposiciones: 1) las relaciones económicas de coerción y explotación, y las correspondientes relaciones sociales de dependencia y señorío no se crean en ese sistema de producción; 2) a causa de la falta de incentivo que procura el intercambio de un producto contra una gran cantidad de bienes en el mercado, se da la tendencia a limitar la producción a los artículos que pueden ser directamente utilizados por sus productores¹.

1. Marshall D. SAHLINS, "Political Power and Economy in Primitive Society", en *Essays in the Science of Culture: In Honor of Leslie A. White*, eds. Gertrude E. Dole y Robert L. Carneiro (Nueva York, Thomas Y. Crowell Co., 1960), pág. 408.

De este modo, en la sociedad primitiva, los productores controlan sus medios de producción, incluyendo su propio trabajo, e intercambian ese trabajo propio y sus productos por los artículos y servicios de otros, que culturalmente han definido como equivalentes. En el transcurso de la evolución natural, sin embargo, sistemas tan simples como el expuesto han sido reemplazados por otros en los cuales el control de la producción, incluyendo el trabajo humano, pasa de las manos de los productores primarios a las de grupos que no cargan con el proceso de producción propiamente dicho, sino que asumen funciones especiales de administración y ejecución, fundados en el uso de la fuerza. La constitución de una sociedad de este tipo ya no se basa en los intercambios directos y equivalentes, entre un grupo y otro, de productos y servicios, sino que éstos son facilitados a un centro para su ulterior redistribución. En la sociedad primitiva, los excedentes son intercambiados directamente entre grupos o miembros de grupos. En cambio, los campesinos son labradores y ganaderos rurales cuyos excedentes son transferidos a un grupo dominante de gobernantes que los emplea para asegurar su propio nivel de vida y que distribuye el remanente a los grupos sociales que no labran la tierra, pero que han de ser alimentados a cambio de otros géneros de artículos que ellos producen.

Civilización

El desarrollo de un orden social complejo, basado en la división entre dirigentes y productores de alimentos, comúnmente se relaciona con el desenvolvimiento de la civilización. A la larga, la civilización ha implicado la historia; la arqueología muestra la gran diversidad que ha existido en los procesos por medio de los cuales, en distintas partes del mundo, se ha realizado la evolución desde el estado primitivo al de campesino. Sin embargo, las grandes estructuras del proceso se destacan. En el Viejo Mundo, por ejemplo, el cultivo y la domesticación de animales parece haber comenzado en el Asia suroccidental ya hacia el 9000 a. de J. C., y es muy probable que hacia el 6000 a. de J. C. existieran poblados con granjas de carácter estable. Similarmente, hallazgos realizados en el noreste de México indican que experimentos sobre la producción de alimentos comenzaron hacia el 7000 a. de J. C., mientras que una verdadera agricultura sólo aparece establecida hacia el 1500 a. de J. C. Desde esos o similares centros el cultivo se difundió con rapidez en distintas direcciones, adaptándose a las solicitudes de los diversos climas y de las nuevas exigencias sociales. Las gentes de ciertas comarcas no aceptaron el cultivo o lo hicieron de mala gana, por lo cual no todas las zonas del mundo adelantaron de igual modo en el proceso. Hubo quienes marcharon hacia adelante con el deseo de alcanzar altos niveles de productividad y organización social, lo que les permitió desplegar la división funcional del trabajo entre labradores y ganaderos, de un lado,

y clases dirigentes de otro, hecho que hemos definido como característico de la civilización.

Mínimo de calorías y excedentes

Se ha dicho algunas veces que la capacidad para crear una división funcional del trabajo entre cultivadores y dirigentes es una simple consecuencia de la capacidad de la sociedad de producir excedentes sobre el mínimo requerido para mantenerse con vida. Este mínimo puede ser rigurosamente definido en términos fisiológicos y corresponde a la ingestión diaria de calorías que requiere el equilibrio del gasto de energía que cotidianamente exige el trabajo realizado. Esta cifra calórica puede ser situada entre las 2000 y 3000 calorías por persona y por día. No hemos de engañarnos al respecto: ese mínimo no es alcanzado aún en muchas partes del mundo. Casi la mitad de la población del mundo recibe una cantidad inferior a 2250 calorías diarias por persona. Esta categoría incluye Indonesia (con 1750 calorías), China (con 1800 calorías) y la India (con 1800 calorías). Dos décimas partes del mundo presentan una cifra de 2250 a 2750 calorías por persona y por día. Este grupo incluye la Europa mediterránea y los países balcánicos. Sólo tres décimas partes del mundo —los Estados Unidos, los dominios de Gran Bretaña, la Europa occidental y la Unión Soviética— alcanzan cifras superiores a las 2750 ² calorías. Este logro debe considerarse asimismo en perspectiva histórica. En el siglo XVII, Francia, por ejemplo —que ahora se halla en el afortunado grupo de las tres décimas partes— alcanzó la cifra de 3000 calorías por persona y por día (representadas por medio pan de harina) sólo en uno de cada cinco años. En el siglo XVIII, este resultado aumentó a uno de cada cuatro años. En los años de privación, el promedio de la ración diaria era inferior a la de los mínimos requeridos ³.

Los agricultores no sólo deben proporcionarse a sí mismos las raciones calóricas mínimas; también han de producir alimentos que superen ese mínimo de calorías para facilitar semilla suficiente para la siembra y cosecha del año próximo, o para proporcionar adecuada alimentación a su ganado. De este modo, por ejemplo, una granja de 40 acres en Mecklemburgo, Alemania nororiental, durante los siglos XIV y XV, producía 10200 libras de grano de cultivo, de las cuales 3400 habían de destinarse a la siembra y 2800 a alimentación para los caballos. Más de la mitad de lo cosechado había de destinarse, por tanto, a tales fines ⁴. Esta cifra no era un verdadero excedente, sino una cantidad necesaria para mantener los elementos básicos de producción. El labrador también tenía que destinar tiempo a la reparación de sus útiles, a afilar sus hoces, calafatear su almacén

2. Jean FOURASTIÉ, *The Causes of Wealth* (Glencoe: The Free Press, 1960), páginas 102-103.

3. *Ibid.* pág. 41.

4. Wilhelm ABEL, *Geschichte der deutschen Landwirtschaft vom frühen Mittelalter bis zum 19. Jahrh.* Deutsche Agrargeschichte II (Stuttgart: Eugen Ulmer, 1962), pág. 95.

cercar su terreno, herrar sus animales de labor, e incluso hacer y colocar espantapájaros para evitar que los pájaros se comieran su grano. Además, había de trabajar en cosas diversas como reparar un techo con góteras, un recipiente roto, o sus propios vestidos cuando estaban hechos un harapo. La cifra necesaria para reemplazar su equipo mínimo de producción y consumo constituye su *fondo de reemplazo*.

Es importante tomar en consideración este fondo de reemplazo no sólo en su aspecto técnico, sino también en el cultural. Los instrumentos y técnicas de una tecnología particular son el resultado de un prolongado proceso de acumulación cultural en el pasado. Hay tecnologías al margen de la alfarería, la construcción de almacenes o el trabajo de los animales. Desde que una tecnología incluye estos elementos, sin embargo, se convierte en parte de la existencia cotidiana y en culturalmente necesaria. Igual que el filósofo griego Diógenes, que podía desembarazarse de su última copa si no sentía sed, como también podía hacerse una copa con sus manos. Pero desde que los recipientes de alfarería formaron parte de las posibilidades culturales del hombre, fueron ya algo más que eso, es decir, una cosa que el hombre podía encargarse de producir. Por tanto, una sequía, o una plaga de la langosta o cualquier otro infortunio que pusiera en peligro el fondo de reemplazo amenazaba no sólo el mínimo para la existencia biológica del hombre, sino también su capacidad de producir lo necesario para sus exigencias culturales.

Resulta comprensible que un labrador cese en sus esfuerzos productivos a partir del momento en que su mínimo de calorías y su fondo de reemplazo estén asegurados. Así, por ejemplo, los indios kuikuru del Amazonas son capaces de alcanzar su mínimo calórico y su fondo de reemplazo trabajando sólo tres horas y media cada día, y no trabajan sino ese tiempo. No hay razones técnicas ni sociales que puedan hacerles agregar horas de labor a su plan diario de trabajo⁵. La producción más allá del mínimo nivel en calorías y fondo de reemplazo sólo obedece a requerimientos e incentivos sociales. La antropología económica se encuentra aquí frente a uno de sus problemas fundamentales. Algunos investigadores juzgan que la aparición de excedentes en potencia son universales y que lo que cuenta son los medios institucionales para movilizarlos.

Excedentes sociales

Fondo ceremonial

Existen dos clases de imperativos sociales, El primero de ellos se da en toda sociedad. Incluso cuando los hombres tienen amplia suficiencia de alimentos y artículos de uso, mantienen relaciones

5. Robert L. CARNEIRO, "Slash and Burn Cultivation among the Kuikuru and its Implications for Cultural Development in the Amazon Basin" en *The Evolution of Horticultural Systems in Native South América; Causes and Consequences*, ed. J. Wilbert. *Anthropologica*, Supl. 2 (1961), pág. 49.

sociales con sus prójimos. A veces, contraen matrimonio con mujeres de otras tribus y ello implica la necesidad de contactos sociales con personas que serán sus parientes políticos. Pueden también reunirse con hombres de otros grupos con fines defensivos, garantizando ciertas normas de conducta que hacen posible esa relación. Pueden requerirse ayuda mutua en una fase de la obtención de alimentos. Pero las relaciones sociales del tipo que sea nunca son enteramente utilitarias e instrumentales. Cada una de ellas aparece siempre rodeada de elementos simbólicos que sirven para aclarar, justificar y regular tales actos. Así, el matrimonio no sólo consiste en el paso de la esposa de una vivienda a otra. Implica el ganarse la buena voluntad de los parientes del esposo; ello supone una acción pública en la cual los participantes actúan siendo vistos por todos, de manera que el matrimonio se presente como modelo ideal para todo matrimonio y muestre cómo han procedido otros para el mismo fin. Todas las relaciones sociales están, pues, rodeadas de un ceremonial, y el ceremonial puede ser pagado con trabajo, bienes, o dinero. Si los hombres han de mantener relaciones sociales, han de trabajar también para constituir un fondo destinado a los gastos que esas relaciones originen. Damos a esta reserva el nombre de *fondo ceremonial*.

El fondo ceremonial de una sociedad —y el de sus miembros— puede ser grande o pequeño. La magnitud, nuevamente, es materia relativa. Los fondos ceremoniales de los pueblos indios de México y el Perú, por ejemplo, son muy grandes en comparación con sus presupuestos de calorías y sus fondos de reemplazo, por tratarse de gentes que dedican gran parte de sus esfuerzos y bienes a la celebración de ceremonias que sirven para subrayar y ejemplarizar la solidaridad de la comunidad a que pertenecen⁶. Los gastos de los ceremoniales dependen de la tradición cultural y varían de una cultura a otra. Ahora bien, en todas partes la necesidad de establecer y mantener un fondo de ceremonial obliga a la producción de excedentes por encima del fondo de reemplazo.

Es importante recordar, con todo, que los esfuerzos del campesinado no son dirigidos enteramente por exigencias internas de su propio estilo de vida. El campesinado existe siempre en el seno de una sociedad más amplia. Por ello, el grado de esfuerzo que debe realizar para reemplazar sus medios de producción o para pagar el coste de sus ceremonias también se crea en función de las formas en que el trabajo está dividido en la sociedad a que tales campesinos pertenecen y depende asimismo de las normas que regulan esa división de trabajo. Así, en algunas sociedades, la cantidad de esfuerzo que se requiere

6. La evidencia de Centroamérica indica que un hombre puede tener que aplicar al menos el valor de un año de su jornal como garante de un ceremonial de la comunidad. Gastos de dos a veinte veces este importe existen en determinadas comunidades. Véase, p. ej., Ralph BEALS *Cherán, a Sierra Tarascan Village*, Smithsonian Inst. Institute of Social Anthropology, Publ. 2 (Washington, D. C., USA Government Printing Office 1946), pág. 85; CALIXTA GUTERASHOLMES *Perils of the Soul: The World View of a Tzotzil Indian* (Nueva York, The Free Press, 1961), pág. 58; Sol TAX, *Penny Capitalism, a Guatemalan Indian Economy*, Smithsonian Inst. Institute of Social Anthropology, Publ. 16 (Washington D. C., USA Government Printing Office 1953), págs. 177-178. Para los Andes, ver William W. STEIN, *Hualcan, Life in the Highlands of Perú* (Ithaca, Cornell University Press, 1961), págs. 52, 236, 255.

para cubrir esas necesidades puede ser pequeña. Esto es cierto, por ejemplo, en las sociedades en que el hombre produce sus propios alimentos y fabrica su equipo básico por sí mismo. La cantidad de excedente que necesita para conseguir artículos del exterior es reducida. Esto también resulta verdadero en el caso de sociedades en que distintas familias o grupos se dedican a diversos trabajos, cuyos productos se intercambian recíprocamente con un sentido de equivalencia. Si uno produce grano y otro elabora mantas, el primero da cierta cantidad de grano por las mantas que precisa; de este modo, el fabricante de mantas obtiene alimento por su trabajo. En estas situaciones los hombres obtienen géneros por intercambio, pero —y esto es importante— la cantidad de alimentos que supera la necesidad de mantas o piezas cerámicas sirve para crear el fondo de reemplazo, incluso aunque la manera en que se reemplazan artículos resulte indirecta. Pero es posible, y sucede de modo creciente cuanto más complejas son las sociedades, que las proporciones de intercambio entre unidades de alimentos producidos por el labrador y unidades de artículos diversos elaborados por otros no se apliquen en equivalencias determinadas por un trato de tú a tú entre productor y consumidor, sino de acuerdo con proporciones asimétricas de intercambio determinadas por condiciones externas. Donde las redes de intercambio son restringidas y localizadas, los participantes pueden ajustar los precios de sus productos al poder adquisitivo de sus clientes potenciales. Pero donde las redes de intercambio son muy indirectas y obedecen a presiones que no toman en cuenta el poder adquisitivo de la población, un labrador puede elevar mucho su producción para obtener los elementos que son precisos para el reemplazo. En condiciones así, una considerable parte del fondo de reemplazo del campesino puede convertirse en fondo de beneficio.

Fondos de renta

Existe una segunda serie de imperativos sociales que producen excedentes que superan el mínimo calórico y el nivel de reemplazo. La relación del labrador con los especialistas en otros oficios pueden ser simétricas, como antes hemos visto. Intercambian diferentes productos, pero según proporciones tradicionales establecidas desde largo tiempo atrás. No obstante, en sociedades más complejas existen relaciones sociales que no son simétricas, sino que se basan, de una u otra manera, en el ejercicio del poder. En el caso de la granja de Mecklemburgo antes citada, por ejemplo, las 4000 libras sobrantes, después de que el agricultor hubo extraído lo preciso para el fondo de reemplazo, para semilla y alimento del ganado, no fueron consumidas en la casa de dicho agricultor; 2700 libras, esto es, más de la mitad del efectivo tuvieron que ser entregadas al señor del lugar, que tenía poder jurisdiccional. Sólo 1300 libras le quedaron al agricultor para él y su familia, con una renta *per cápita* de 1600 calorías día-

rias⁷. Para conseguir el mínimo nivel calórico, el agricultor se veía obligado a buscar fuentes adicionales de calorías, hallándolas en su huerto o en su ganado. Este campesino se veía, pues, sometido a unas relaciones asimétricas con el poder, lo que constituía una carga permanente sobre su producción. Esta carga, pagada como resultado de una situación de inferioridad sobre su trabajo en el campo, constituye lo que llamamos renta, siendo indiferente que ésta se pague en trabajo, en productos o en dinero. Allá donde alguien ejerce un poder superior efectivo, o *dominio*, sobre un agricultor, éste se ve obligado a producir un fondo de renta.

Esta producción de un fondo de renta es lo que, críticamente, distingue al campesino del agricultor primitivo. A su vez, esta producción es estimulada por la existencia de un orden social en el cual unos hombres, por medio del poder que detentan, pueden exigir pagos a los otros, de lo cual resulta una transferencia de riqueza de una parte de la población a otra. La pérdida del campesino es la ganancia del poderoso, pues el fondo de renta proporcionado por el campesino es parte del fondo de poder que los dirigentes pueden atraer hacia sí.

Es importante señalar, sin embargo, que existen varios modos diferentes de producir este fondo de renta, por medio de los cuales es conducido desde las manos del nivel campesino a las del grupo que detenta el poder. Dado que hay distinciones en el uso de este poder, y que dichas diferencias tienen importantes efectos estructurales sobre el modo como el campesinado se organiza, de ello resulta que existen varios tipos de campesinado y no uno sólo. En el fondo, el término *campesino* denota una relación estructural asimétrica entre los productores de excedentes y los que los controlan; para aclarar esta cuestión vamos a considerar las diferentes clases de condiciones según las cuales se mantienen estas relaciones estructurales.

El papel de la ciudad

El desarrollo de la civilización ha sido identificado comúnmente con el de las ciudades, por lo cual el campesino ha sido definido como un agricultor que ha de mantener relación con la ciudad. Es cierto que, en el transcurso de la evolución cultural, los gobernantes se establecieron en centros especiales que con frecuencia se han convertido en ciudades. No obstante, en algunas sociedades, los dirigentes «acampan» entre los campesinos, como en el caso de los watusi, que así lo hicieron hasta fechas muy recientes en relación con el campesinado bahutu, de Ruanda Urundi. Pero los dirigentes también pueden haber vivido en centros religiosos, junto a tumbas de santos o altares, adonde los campesinos llevaban sus productos. En el antiguo Egipto, el faraón establecía su capital transitoria cerca de la pirámide que se estaba construyendo en su honor; el papel de las ciudades era entonces insignificante. Entre los mayas petén, la integración política parece

7. ABEL, *Geschichte der deutschen Landwirtschaft* pág. 95.

haberse constituido fuera de las zonas urbanas densamente pobladas⁸. La ciudad es un producto característico, pero no inevitable, de la complejidad creciente de la sociedad. Concibo la ciudad como un establecimiento en el cual se ejerce una combinación de funciones diversas, y que llega a ser conveniente en el transcurso del tiempo a causa de que se logra mayor eficacia por la concentración de tales funciones en un solo lugar.

Con todo, existen diversos tipos de ciudad. En la India, hasta fechas recientes, ciertas amplias aglomeraciones urbanas integraban el castillo y el aparato del poder militar de los gobernantes, sirviendo como centros administrativos. Otro tipo de ciudad es la constituida en torno a famosos altares o tumbas, existiendo primero como meros centros religiosos que atraían periódicamente las peregrinaciones de los fieles. Otras ciudades nacieron por la agrupación de literatos y de especialistas de carácter diverso, los cuales crearon las tradiciones culturales de la comarca⁹. Sólo cuando una u otra de las funciones aludidas destaca sobre las demás y ejerce una poderosa atracción sobre éstas comienza el proceso de concentración en un determinado lugar. Pero existen comarcas en las que no hay centros dominantes, sean políticos, religiosos o culturales, y estas funciones permanecen dispersas en el país. Gales, por ejemplo, y Noruega son zonas en las cuales muchas funciones siguen dispersas por la comarca y donde el desarrollo de las ciudades no es vigoroso. La presencia o ausencia de ciudades puede, desde luego, afectar al esquema de una sociedad, pero la adscripción del poder a un lugar determinado es sólo una fase del establecimiento de dicho poder y de su influencia, no la totalidad del proceso. Un piano es un instrumento para tocar música polifónica, pero existe música polifónica no escrita para piano. Similar mente, la ciudad sólo es una —aunque corriente— forma de orquestación del poder y la influencia; pero no es una forma exclusiva ni decisiva siquiera.

Por tanto, es la cristalización del poder ejecutivo lo que sirve para distinguir al primitivo del civilizado, tanto si los controles del poder están situados en un tipo de lugar como en otro. Más que la ciudad, el Estado constituye el criterio decisivo de civilización y la aparición de este Estado es la que señala el umbral de la transición entre productores primitivos de alimentos y campesinos. Así, sólo cuando el productor es integrado en una sociedad con Estado —esto es, cuando el labrador se convierte en sujeto de demandas y sanciones por quienes detentan el poder sobre su estrato social— puede hablarse propiamente de campesinado.

8. Sobre el esquema de establecimiento de los watusi y bahutu, ver Pierre B. GRAVEL, *The Play for Power: Description of a Community in Easter Ruanda* (Ann Arbor: Department of Anthropology, University of Michigan, PhD. Tesis, 1962). Sobre Egipto, ver Henri FRANKFORT, *The Birth of Civilization in the Near East* (Garden City, N. Y. Doubleday & Co. 1956), págs. 97-98; y John A. WILSON, *The Culture of Ancient Egypt* (Chicago, University of Chicago Press, 1951), pág. 37, págs. 97-98. Sobre los mayas, ver Gordón R. WILLEY, *Mesoamérica, en Courses toward Urban Life*, eds. R. J. Braidwood y Gordon R. Willey (Chicago, Aldine Publishing Co., 1962), pág. 101, y Michael COE, "Social Typology and the Tropical Forest Civilizations", *Comparative Studies in Society and History*, IV, núm. 1 (1961), pág. 66.

9. McKim MARIOTT y Bernard C. COHN, "Networks and Centers in the Integration of Indian Civilization", *Journal of Social Research* (Ranchi, Bihar, India) I, núm. 1 (1958).

Naturalmente, es difícil situar este umbral de la civilización en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, a base de los datos que se poseen, pueden situarse esos comienzos hacia 3500 a. de J. C. en el Próximo Oriente y en torno al 1000 a. de J. C. en Mesoamérica. Debemos destacar que el proceso de la construcción de un Estado es múltiple y complejo. Diferentes regiones han sido integradas en Estados por medios muy distintos en diversos tiempos. En algunas zonas del mundo este proceso no ha terminado todavía, mientras que en otras comarcas, muy pocas, todavía podemos ver el encuentro entre labradores primitivos y sociedades estatales, las cuales chocan con los primitivos e intentan someterlos a su control.

El lugar del campesinado en la sociedad

Nuestro mundo no sólo integra primitivos en los linderos del campesinado y campesinos hechos y derechos, sino que también hay en él sociedades en las cuales el campesino es el principal productor de la riqueza social y otras en las cuales ha sido relegado a una situación secundaria. Existen todavía vastas regiones del mundo en las cuales los campesinos que cultivan la tierra con sus útiles tradicionales no sólo constituyen la vasta mayoría de la población, sino que también facilitan los fondos de renta y beneficios que aseguran toda la estructura social. En sociedades de este orden, todos los demás grupos dependen del campesinado para su alimentación y para obtener ingresos que aumenten los suyos propios. Con todo, hay otras sociedades en las que la revolución industrial ha creado vastos complejos de maquinaria que producen bienes independientemente de los campesinos. Si existen labradores en sociedades así, indudablemente ocupan una posición secundaria en la creación de la riqueza. Por otra parte, el amplio y creciente número de los obreros que trabajan en las máquinas también han de ser alimentados. Con frecuencia, la alimentación de estos trabajadores no depende ya de los campesinos, sino de las «factorías agrícolas», que aplican la tecnología de la revolución industrial a la producción intensificada de alimentos, contando con fuertes capitales y con granjas científicamente organizadas¹⁰. Dichas granjas no son servidas por campesinos, sino por obreros agrícolas, que reciben sueldos por su trabajo como los operarios que trabajan en un alto horno o en una máquina de tejer. Ambos tipos de sociedad implican una amenaza para el campesino, bien sea como demanda de excedentes o por la competencia que hacen a la labor de los campesinos que producen según usos tradicionales y que pueden llegar a resultar inútiles.

10. Como estudio sobre la plantación, véase Eric R. WOLF y Sidney W. MINTZ, "Haciendas and Plantations in Middle America and the Antillas", *Social and Economic Studies*, VI, núm. 3 (1957), y *Plantation Systems of the New World*, ensayos y sumarios del Seminario de San Juan de Puerto Rico, Social Science Monographs, VII, Pan American Union, Washington, D. C., 1959. Un buen estudio de la sustitución de campesinos por plantaciones con operarios es el de Ramiro GERRA Y SÁNCHEZ, *Sugar and Society in the Caribbean* (New Haven, Yale University Press, 1964).

El observador ajeno puede despreciar a los campesinos considerándolos como un rebaño destinado a ser esquilado: «De tres talegas, una para mi dueño, otra para mi dama y la tercera para el pobre que vive bajo mi lana». Pero, para el campesino, su mínimo calórico y su fondo de reemplazo son primarios, juntamente con sus pagos para el fondo de ceremonial con que contribuye a mantener el orden social de su angosto mundo. Como antes indicamos, estas exigencias son relativas según las culturas; las de China son muy distintas de las de Puerto Rico. Con todo, ambas son funcionales y lógicamente anteriores a las demandas del extraño, sea señor o mercader. Esta actitud está claramente indicada en unos antiguos versos, que se cantaban en los levantamientos de campesinos en la Edad Media europea:

Quando Adán cavaba y Eva hilaba,
¿dónde el caballero estaba?

Las necesidades del campesino —mínimo calórico, fondo de reemplazo, fondo ceremonial— pueden entrar, frecuentemente, en conflicto con las demandas impuestas por el extraño a su estrato social.

De todos modos, si bien es correcto definir el campesinado, en primer lugar, teniendo en cuenta sus relaciones de subordinación con un grupo de dirigentes extraños, también es correcto, como corolario de esta definición, indicar que el campesinado puede ser obligado a mantener un equilibrio entre sus propias exigencias y las demandas de los extraños y ser víctima de las tensiones producidas por este forcejeo para equilibrar la balanza. El extraño ve al campesino, ante todo, como una fuente de trabajo y de bienes con los que engrosará su fondo de poder. Pero el campesino es, a la vez, el agente económico y el jefe de una unidad doméstica. Su arriendo es a la vez *una unidad económica y un hogar*,

La unidad grupo de campesinos no es, por tanto, sólo una organización productora constituida por x manos que realizan el trabajo del campo; también forma una unidad de consumo, con tantas o más bocas que trabajadores. Además, no solamente ha de alimentar a los miembros de su grupo, sino que asimismo ha de facilitarles otros servicios. En unidades como la de dicho estrato, los niños han de ser educados y preparados socialmente con vistas a las demandas del mundo de los adultos. Las personas ancianas han de ser atendidas hasta su muerte, y su entierro ha de pagarse con parte de la riqueza de ese grupo social. El matrimonio proporciona satisfacción sexual y las relaciones dentro de la unidad crean afecto entre los miembros a ella pertenecientes. Usando su fondo de ceremonial, la unidad paga los «gastos de representación» que conciernen a sus componentes dentro de una comunidad más amplia. Por tanto, el trabajo resulta necesario por causas diversas, los gastos no son resueltos directamente por la existencia de un sistema económico gobernado por precios y beneficios.

Naturalmente, también nosotros estamos familiarizados con este tipo de conducta económica en nuestra propia sociedad. Una madre puede permanecer toda una noche junto a su hijo enfermo o guisar la comida para su familia sin percibir nada por esos trabajos. Un padre puede realizar reparaciones de poca monta en su casa y un muchacho puede cortar el césped de su jardín. Contratados en el mercado, dichos servicios tendrían su precio. Ha sido estimado, por ejemplo, que en Estados Unidos, un hombre puede ahorrar anualmente de 6000 a 8000 dólares en pagos por servicio económico si está casado y si prescinde de encargos a especialistas diversos que le cobrarán los precios corrientes por los pequeños trabajos que él puede hacer. En la vida familiar, labores de este tipo pueden realizarse sin esfuerzo, sin tener que destinar un presupuesto para ellas.

Las unidades domésticas campesinas funcionan de modo semejante. Ciertamente, los campesinos tienen conciencia del precio del trabajo que realizan y del de los artículos en el mercado; su supervivencia económica y social depende de ello. La sagacidad del campesino es proverbial. En verdad, muchos antropólogos secundarios a Sol Tax, quien, en un estudio sobre los campesinos indios de Guatemala, concluyó que «los compradores de géneros diversos eligen los mercados de acuerdo con lo que desean adquirir, teniendo en cuenta sus precios y el tiempo que pueden dedicar a ello, para elegir los más económicos y cercanos a su fuente»¹¹. Sin embargo, en la medida en que un arriendo campesino sirve para aprovisionar a un grupo humano, toda decisión relativa a un mercado exterior tiene también un aspecto interior y doméstico.

Este hecho ha llevado al economista ruso A. V. Chaianov a hablar de un tipo especial de economía campesina. Desarrolla este concepto en los términos siguientes:

La primera característica fundamental de la economía del campesino consiste en que es una economía familiar. Toda su organización está determinada por la composición de la familia del campesino, el número de miembros que integra, su coordinación, sus demandas de consumo, y el número de trabajadores con que cuenta. Esto explica por qué la concepción de beneficio en la economía del campesino difiere de la que tiene en la economía capitalista, y por qué la concepción capitalista del beneficio no puede ser aplicada a la economía del campesino. El beneficio capitalista es un beneficio neto calculado sustrayendo todos los gastos de producción del resultado total. El cálculo del beneficio en este sistema es inaplicable a la economía del campesino, a causa de que, en esta última, los elementos que entran en los gastos de producción están expresados en unidades que no tienen correlación con los de la economía capitalista.

En la economía campesina, como en la capitalista, el ingreso total y los gastos materiales pueden ser expresados en rublos;

11. Sol Tax, *Penny Capitalism*, pág. 14.

pero el trabajo dedicado no puede tener esa misma expresión, no es mensurable en rublos ni en salarios, ya que se trata del trabajo y esfuerzo de la propia familia del campesino. Estos esfuerzos no pueden ser deducidos, ni agregados, en unidad monetaria; meramente pueden ser comparados con ella. La comparación del valor de cierto esfuerzo de la familia con el valor de un rublo evidentemente puede ser muy subjetiva, ya que puede variar según el grado en que las necesidades de la familia estén satisfechas, y según las penalidades que el trabajo implique, así como a causa de otras condiciones.

Si las necesidades de una familia campesina no están satisfechas, la significación subjetiva de su satisfacción es valorada en mayor medida que la carga de trabajo necesaria para su satisfacción, por lo cual la familia campesina trabajará por una remuneración tan pequeña que no sería considerada como provechosa en una economía capitalista. Dado que el principal objetivo de la economía campesina es la satisfacción del presupuesto anual de consumo de la familia, su mayor interés no radica en la remuneración de la unidad de trabajo (el trabajo diario), sino en la del trabajo de todo el año. Naturalmente, si hay abundancia de tierra, cualquier unidad de trabajo realizada por la familia tiende a recibir la máxima retribución por unidad sea en una economía campesina o capitalista. En condiciones así, la economía campesina con frecuencia da por resultado un cultivo más extenso que la economía empresarial, esto es, la llevada a cabo por un propietario, el cual, en este caso, cabe que obtenga un rendimiento bajo por unidad a causa de los altos salarios que puede tener que pagar por unidad de trabajo. Pero cuando la tierra disponible no es extensa, se halla limitada y está por debajo de un grado normal de intensidad de cultivo, la familia del campesino no gasta todas sus fuerzas en el trabajo más que si practica un cultivo intenso. En posesión de un excedente de fuerzas y no pudiendo asegurar todas sus necesidades con el rendimiento del salario anual de sus miembros, la familia campesina puede emplear el excedente de trabajo en un cultivo más intenso de su propio terreno. De este modo, puede aumentar el rendimiento anual de sus miembros que trabajan, aunque la remuneración por cada unidad de su trabajo sea baja... Por esa misma razón, la familia campesina frecuentemente arrienda la tierra a un precio muy alto, inaprovechable desde un punto de vista puramente capitalista y compra la tierra por un precio considerablemente superior al de la capitalización de la renta. Lo hace así para encontrar aplicación al excedente de trabajo de la familia, la cual (de otro modo) podría no tener la posibilidad de aplicarlo, en condiciones de escasez de tierra¹².

12. A. V. CHAIANOV, "The Socio-economic Nature of the Peasant Farm Economy", en *A Systematic Source Book in Rural Sociology*, eds. Pitirim A. Sorokin, Carle C. Zimmerman y Charles J. Galpin (Minneapolis, The University of Minnesota Press, 1931), II, págs. 144-145.

El perenne problema del campesinado consiste, pues, en equilibrar las demandas del mundo exterior con la necesidad de aprovisionamiento del campesino para su casa. Para resolver este problema esencial, los campesinos ponen en práctica dos estrategias distintas. La primera de ellas es aumentar la producción; la segunda, reducir el consumo.

Si un campesino sigue la primera estrategia, puede acelerar su rendimiento en su propio arrendamiento para elevar su productividad e incrementar la cantidad de productos a presentar en el mercado. Su destreza para conseguir este resultado dependerá de su facilidad para movilizar los factores de producción necesarios—tierra, trabajo, capital (sea en forma de ahorro, dinero o crédito)—, y, naturalmente, de la situación del mercado. Permítasenos recordar que, entre los campesinos, los factores de producción usualmente están sobrecargados de compromisos previos, particularmente en forma de excedentes que ha de destinar para gastos de ceremonial y pago de rentas. Es muy raro, si no imposible, para un hombre no ayudado por nadie, que pueda superar sus barreras económicas a un nivel de productividad situado por encima de las prestaciones que debe atender. Es, pues, difícil para muchos campesinos ver sus posesiones en un contexto económico escindido del aprovisionamiento de su familia. Un trozo de terreno, una casa, no son meros factores de producción: también están imbuidos de valores simbólicos. Las joyas de la familia no son sólo una forma de frío ahorro; con frecuencia son una herencia que implica sentimientos. Sin embargo, nuestro análisis puede decirnos cuándo cabe esperar que un número creciente de campesinos sigan la estrategia del incremento de la producción.

En primer lugar, esto es posible cuando los gravámenes tradicionales sobre los fondos de renta del campesinado han disminuido; algo parecido sucede cuando la estructura de poder a través de la cual dichos fondos son arrancados a los que los crean han perdido efectividad. En segundo lugar, puede encontrarse este fenómeno allí donde al campesino le ha sido posible escapar a las demandas que se le hacen para que asegure, con el fondo de ceremonial, los nexos tradicionales que unen a la sociedad con sus miembros. Si el campesino se niega a facilitar este excedente para gastos ceremoniales, puede destinar el fondo así liberado a consolidar su progreso económico. Los dos cambios con frecuencia van juntos. Cuando se debilita el poder de las estructuras superiores de una sociedad, las sanciones habituales tienden a dejar de producirse. La comunidad campesina, en tales circunstancias, puede presenciar el progreso de algunos de sus miembros que se enriquecen y que, dejando de lado a sus menos afortunados compañeros de estrato social, adquieren el poder que abandonaron quienes anteriormente lo detentaban. En el curso de su ascenso, con frecuencia vulneran las esperanzas tradicionales que dimanar de cómo las relaciones sociales han de ser llevadas y simbolizadas; frecuentemente, utilizan el poder que han conseguido no ha mucho para enriquecerse más a costa de sus vecinos. Hombres de este tipo fueron los hidalgos ingleses del siglo VI, y los *kulaks* o

«fuertes» de la Rusia anterior a la Revolución. En otras ocasiones, gran número de campesinos pueden poner término a sus compromisos de ceremonial, como ha sucedido entre muchos indios mesoamericanos que han abandonado su ritual popular-católico —con los grandes gastos que originaba el pagar las organizaciones religiosas y fiestas—, convirtiéndose a un sobrio protestantismo que no requiere gastos¹³.

La otra estrategia que puede utilizar el campesino para resolver su dilema es restringir el consumo. Puede aminorar su ración calórica, reduciéndose a los alimentos principales; puede restringir sus adquisiciones en el mercado a los artículos más precisos. En vez de esto, puede incrementar hasta el máximo posible el trabajo de su propio grupo doméstico para producir alimentos y artículos destinados al consumo de la casa. Esfuerzos de tales tipos para equilibrar la economía casera, a la larga llevan a los campesinos a su tradicional estilo de vida: recelan de todo lo nuevo como de una tentación. Cualquier novedad puede perturbar su precario equilibrio. Al mismo tiempo, el campesino tiene que seguir manteniendo relaciones sociales, lo que requiere gastos para el ceremonial, como se ha dicho. En la medida en que éstos pueden elevarse, la comunidad campesina ha de vigilar con respecto a las demandas y presiones exteriores, y al mismo tiempo puede inclinar a sus miembros más afortunados a que dediquen algo de su trabajo y bienes a la ayuda de sus vecinos más pobres.

En muchas partes del mundo, por consiguiente —incluso allí donde el campesino ha sido relegado a un papel secundario dentro de la totalidad del orden social—, podemos encontrar el fenómeno de un campesinado en lucha por liberarse de los compromisos que un sistema más amplio le impone. A la vez, debemos recordar que, en muchas situaciones —en especial en tiempo de guerra o de depresión—, los hogares campesinos son como santuarios ante los estragos que afligen a la gente en las ciudades y centros industriales. Un hombre con 40 acres de tierra y un mulo mantiene una dura lucha para trabajar ese campo; pero al mismo tiempo tiene la posibilidad de disponer de un mínimo calórico cuando otros seres humanos han de buscar en los montones de desperdicios de las ciudades en ruinas algo con que alimentarse. El campesino retiene —por su control de la tierra y su capacidad para extraer cosechas de ella— tanto su autonomía como su posibilidad de sobrevivir, cuando el resto de la sociedad se halla en grandes dificultades para asegurar esa supervivencia.

Aunque las dos estrategias del campesino apuntan en direcciones por entero opuestas, hemos de observar que no son mutuamente excluyentes. Hemos visto que su relativo predominio resulta en gran medida de la sociedad en la cual el campesino vive y trabaja. En la medida que un orden social incrementa su fuerza o se debilita, los campesinos pueden tender a una o a otra de tales estrategias, poniendo a veces las dos en práctica, en diferentes contextos. Períodos en los cuales la pri-

mera estrategia se ve muy favorecida pueden ser seguidos de otros en los cuales los campesinos se reduzcan y renueven lo que necesitan dentro de una órbita más estrecha. De modo similar, en cualquier tiempo dado hay individuos que se arriesgan al ostracismo implicado en el hecho de poner a prueba los nexos tradicionales de una sociedad, mientras que otros prefieren la seguridad que ofrece el seguir las normas que fueron elegidas y que juzgan como verdaderas. Hay muchos tópicos sobre el carácter inamovible del campesinado, mientras que, por el contrario, este estamento social es dinámico y oscila continuamente entre dos polos en busca de la solución de su dilema fundamental.

Por tanto, la existencia del campesinado no sólo implica una relación entre el campesino y el que no lo es, sino un tipo de adaptación, una combinación de actitudes y actividades cuyo fin es apoyar al labrador en su esfuerzo por mantenerse a sí mismo y a su clase dentro de un orden social que amenaza su conservación.

13. Ver, por ejemplo, June NASH, "Protestantism in an Indian Village in the Western Highlands of Guatemala", *The Alpha Kappa Delta*, XXX, núm. 1 (1960), pág. 50.